



ELIZABET JORGE
Cuentos
para tener
en cuenta

Página 3



CONTRATAPA
La vida por Franklin,
un relato
de Luis Soto

Página 4

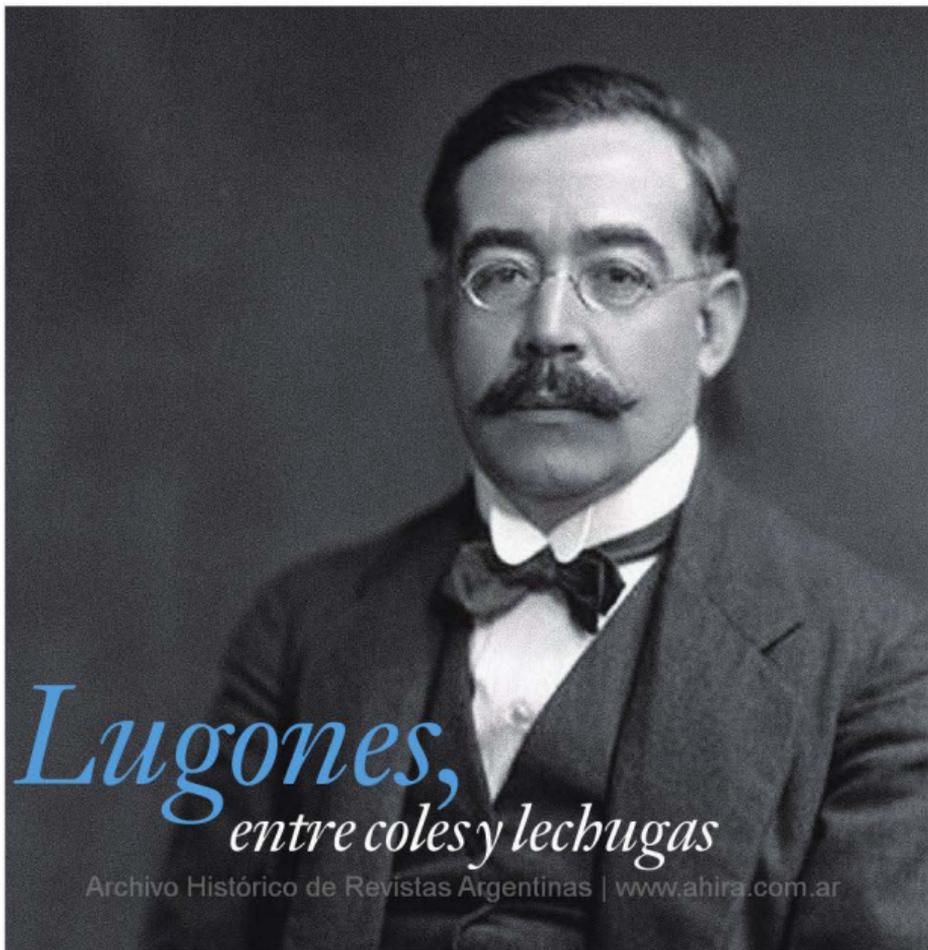

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 158 | JUEVES 11 DE DICIEMBRE DE 2014



Lugones,
entre coles y lechugas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

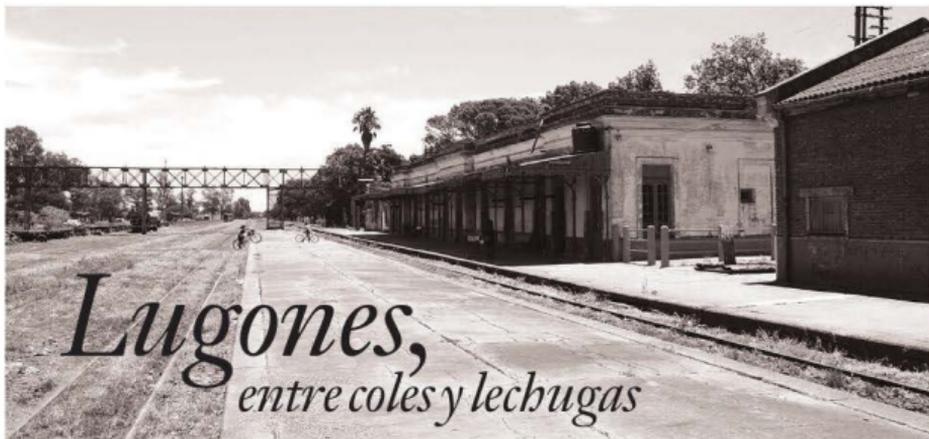
DOCUMENTOS PROBARÍAN LA EXISTENCIA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Un estudio realizado por el archivero e historiador Francisco Javier Escudero y la arqueóloga Isabel Sánchez Duque llega a la conclusión de que Don Quijote de La Mancha, el personaje creado por Miguel de Cervantes, fue una persona real. El análisis está basado en el estudio de ordenanzas municipales, privilegios y procesos penales, después de revisar una y otra vez legajos del pasado y visitar archivos.

Uno de los lugares más estudiados por Escudero y Sánchez fue el Archivo Histórico Nacional, donde encontraron pistas firmes al analizar un documento de 1581. "Nosotros seguimos los documentos y ellos nos guían. Y nos han llevado a que Cervantes era muy amigo de los Villaseñor, los cuales le contaron las veces que les habían intentado matar por los caminos" de La Mancha, explica el historiador.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 11 DE DICIEMBRE DE 2014



SAN FRANCISCO, ESTACIÓN DE TREN ABANDONADA. ...CON SU TECHO DE TEJAS COLORADAS; SU ANDÉN CRUJIENTE DE CARBONILLA; SU SEMÁFORO A LA DERECHA, SU POZO A LA IZQUIERDA.



JAVIER CHABRANDO

En 1895, y con poco más de veinte años, Leopoldo Lugones recalaría en la incipiente ciudad de San Francisco, Córdoba, a pocos kilómetros de la frontera con Santa Fe, para trabajar como escribiente y tramitador en el estudio notarial de Eliseo Mansilla Quiroga. Viviría en esa ciudad-alrededor de seis meses, siempre soñando con volver a Córdoba, desde donde podría alcanzar Buenos Aires primero, París luego.

En *Lugones, entre coles y lechugas*, Fernando López, hombre importante del mundo de la novela negra, creador del evento Córdoba Mata y oriundo de San Francisco, donde ejerció como juez hasta que se retiró, se propuso narrar esta etapa prácticamente desconocida del poeta y político argentino. Para eso contó con ayuda de investigaciones previas y con su conocimiento de las reglas de la ficción para componer un personaje que poco tiene que ver con el Lugones que dejaría una huella tan imborrable en Argentina como en la historia argentina.

Este libro integra la colección *Cordobeses* por *Cordobeses*, creada por la editorial Raíz de

Dos. Por eso, Fernando López, de San Francisco, se ocupa de Leopoldo Lugones, nacido en Villa de María del Río Seco en 1874. En esa misma colección se destaca un libro dedicado a Tosco y Brochero, *el bombero*, de Lucio Yudicello dedicado a la vida del cura Brochero que a la vez narra reediciones.

Si esa etapa de Lugones no es demasiado conocida, es evidente que a él le dejaría un persistente recuerdo que trasladaría luego a su cuento "Un fenómeno inexplicable". "Hace de esto once años. Viajaba por la región agrícola que se dividen las provincias de Córdoba y de Santa Fe (...) Nada tenía de atrayente el lugar. La estación con su techo de tejas coloradas; su andén crujiente de carbonilla; su semáforo a la derecha, su pozo a la izquierda. En la doble vía del frente, media docena de vagones que aguardaban la cosecha. Más allá el galpón, bloqueado por bolsas de trigo. A raíz del terraplén, la pampa con su color amarillento como un patuludo de yerbas; casitas sin revosque dimitidas a la lejos, cada una con su parva al costado; sobre el horizonte el festón de humo del tren que en forma de columna se eleva en la ficción enorme entomando el co-

lor rural del paisaje (...) Aquello era vulgarmente simétrico como todas las fundaciones recientes. Notábase rayas de mensura en esa fisonomía de pradera otoñal".

En ese entonces la ciudad de San Francisco tenía alrededor de mil quinientos habitantes, la mayoría piemonteses, algunos alemanes franceses, y estaba azotada por una epidemia de cólera. Lugones vivió esa etapa como un exilio interno, una especie de castigo que lo obligó a vivir entre coles y lechugas, en un lugar acosado por la enfermedad donde, según López, "no había encontrado en esos seis meses una sola alma dispuesta a conversar sobre *La Huida*, Anacronote o del mismo modo Rubén Darío, que se pasaba por Buenos Aires mientras él renegaba a 600 kilómetros de distancia". A pesar de que el autor de *La guerra gaucha* apenas tenía editado el libro de poemas *La muerte*, en las manos de López es un hombre arrogante que se cree destinado al panteón de los grandes poetas y se compara con Rubén Darío. "El, cuya mayor preocupación, o al menos una de ellas era traducir a Homero, para los cultos lectores de la grande época de ese lugar".

López centra la novela en los días en que Lugones ya tiene decidido abandonar San Francisco

para volver a la ciudad de Córdoba donde lo espera Juana Agudelo, con la que se casaría el año siguiente para luego trasladarse a Buenos Aires, donde comenzaría la historia más conocida. Esos días de San Francisco, la vida de Lugones gira alrededor de su amistad con el *Nato* Romero, un amigo real cuyo rastro se perdió en los verticilos del tiempo. En sus ratos libres Lugones asesora por su cuenta a los peones rurales y a los campesinos pobres y analfabetos para que puedan hacer frente a los patronos, bancos y acopiadores de granos que los acosan por deudas. También se vería embarcado por esos italianos, en su amplia mayoría garibaldinos, hacia sus primeros actos políticos, una serie de atentados al tren que era propiedad del imperio británico que llegaba a la región y que provocaba incendios por el chisporroteo que salbaba de las locomotoras, situación que las autoridades no querían modificar a pesar de las protestas. "Participó realmente Lugones de esos tres atentados? Algunos historiadores cordobeses opinan sin énfasis que él habría organizado los atentados; el autor del libro cree que sí participó, pero que se desvió de la danza con sus ideas de entonces.

Mientras tanto, a Lugones no le queda otra que soportar el frío, los olores de la pobreza, su propia miseria que lo obliga a leer metido en la cama tapado hasta la cabeza para ahorrar en leña, y siempre soñando con partir. López no desaprovecha la ocasión de crear además un interesante retrato costumbrista, el de un país naciente, despoblado aún, con sus campos pródigos e interminables, elegido por miles de extranjeros para reconstruir sus vidas y sus culturas, espacio que comienza a poblarse, a partir de ese mismo momento que narra la novela, de comidas, hábitos y creencias nuevas que llegan hasta nuestros días.

Y el día de la partida llega. La despedida con *El Nato*. La espera del tren y el sueño que lo lleva una y otra vez hacia el pasado que deja atrás y hacia el futuro brillante que le espera. Primero casarse con Juana. Luego ir a Buenos Aires. Al fin sumarse a las filas del diario *La Vanguardia*, dirigido por Juan B. Justo, contribuir a un mundo mejor desde las ideas socialistas para terminar un día no muy lejano en París, donde vivía Rubén Darío, el máximo poeta del modernismo argentino. Después, ya transformado en fascista y reconocido como el gran poeta que soñó ser, Lugones se quedaría la vida en una isla del Tigre.

La escritora y periodista brasileña Nélide Piñón es la primera ganadora del premio El Ojo Crítico Iberoamericano, galardón otorgado por Radio Nacional de España (RNE) cada dos años en reconocimiento a la trayectoria de escritores iberoamericanos. La entrega de los premios será el próximo 16 de febrero en el Museo Reina Sofía de Madrid. Nacida en 1937 en Río de Janeiro, Piñón ha recibido importantes

premios por su obra, como el Juan Rulfo en 1995 y el Premio de Asturias de las Letras en 2005, y entre sus novelas se destacan *La república de los sueños*, *La dulce canción de Cayetana*, *El pan de cada día* y *Aprendiz de Hombre*. Piñón es, además, la primera mujer en presidir la Academia Brasileña de las Letras y a partir de 2015 formará parte de la Real Academia Gallega como miembro de honor.



Cuentos para tener en cuenta



→ VICENTE BATTISTA

Presencia viene del griego y significa "anciano". En estos días se le da ese nombre a un fastidio óptico que se manifiesta a partir de los cuarenta años e impide distinguir claramente los objetos cercanos. Elizabet Jorge eligió nominar *La edad de la presencia* a un libro propuesto mediante la forma más antigua y a la vez más moderna que conoce la literatura: el cuento. Mucho se dijo y mucho se dirá en torno a un género que pudo haber comenzado cuando los seres humanos aún ignoraban el arte de escribir, carencia que, como bien se sabe, no les impidió relatar historias verdaderas o fantásticas en torno a un fuego recién descubierto. En la antigua Grecia encontraremos a los juglares que mantenían la buena costumbre de continuar contando. Hay quienes señalan que durante la expansión romana existieron dos importantes escuelas de contadores de cuentos, una en Irlanda—la de los *vllennu*—y otra en el país de Gales: la de los bardos. En tanto, en Medio Oriente, la princesa Sherazade los contaba con el solo propósito de salvar su vida y la de las otras doncellas condenadas a caer bajo el cuchillo del rencoroso rey Sahriyar. En el primer milenio de nuestra era, en la península escandinava los escalados del norte repetían sus historias de mares y conquistas y tres siglos más tarde el Infante Juan Manuel dio a conocer los cuentos de *El conde Lucanor*, Giovanni Boccaccio su *Decamerone* y Geoffrey Chaucer *Los cuentos de Canterbury*. En China, durante el paso de la dinastía Ming a la Qing se destacó un célebre narrador llamado Liu Jingting, considerado el rey de los cuentistas.

Fiel al vicio y buen hábito de narrar, Elizabet Jorge incluye en sus cuentos en su libro *La edad de la presencia*. Doce están propuestos desde el punto de vista femenino y sólo uno desde el masculino.



LA EDAD DE LA PRESENCIA. EL LIBRO DE ELIZABET JORGE SE PRESENTÓ EN EL MUSEO NACIONAL RICARDO ROJAS.

Una de las virtudes de Elizabet Jorge es poner del revés ciertas historias sospechadas de costumbristas, dar una vuelta de tuerca con esos textos y lograr que se inscriban en la alta literatura.

Que así claro que a la hora de plantear la narración, interesa esencialmente su mirada femenina, aunque no feminista. Su escritura trasciende la vana bipolaridad, exige y se exige un modo, el que ciertamente conviene, para cada historia: cinco cuentos están propuestos en tercera persona, los otros ocho, en primera. En todos priva la incomunicación y el desencanto, la soledad y la traición. Exceptuando una pieza ejemplar, "Ignaciosiempre", no encontramos ni héroes ni heroínas, sólo criaturas al borde de la desesperación, pero no desesperadas. Incluso en situaciones límite, con la muerte apareciendo bajo la forma de una pala o en las vías del tren o desde lo alto de un hospital, no pierden la calma, tampoco el control: los hechos se narran, no importa si en primera o tercera persona y la misma franqueza que encontramos en cuentos como "Palabras cruzadas", "Ajedrez" y "Fuera de cálculo". Antes había

de "Ignaciosiempre", esta pieza escapa al común denominador y se proyecta como un formidable texto político, de homenaje y denuncia, que conmueve por su calidez y grandesa.

En el cuento que cierra el libro y le da título, Elizabet Jorge pone todas las cartas sobre la mesa o, si se prefiere, toda la magia de su escritura sobre el papel. Se trata de un texto marcadamente más extenso que los del resto del volumen y está narrado en primera persona por una escritora que dice llamarse Adriana Agüero. En un momento del relato, Adriana Agüero habla de un cuento que ha escrito "en menos de tres horas", ese cuento, de pronto adormitamos, lo hemos leído hace apenas un rato, se llama "El asente" y es del penúltimo del libro. A partir de ese descubrimiento las historias comienzan a tener otra dimensión: ¿Adriana Agüero es Elizabet Jorge? Verdad y mentira se entrecruzan sin remedio y tornan cierta aquella frase que Carlos Daniel Aletto hizo creer que era de Borges y que aunque no lo sea, merece serlo: "La literatura no es otra cosa que una mentira que dice la verdad".

La *edad de la presencia* no es un libro amable, menos aún complaciente. Las criaturas que aparecen en escena se pueden encontrar a la vuelta de cualquier esquina, pueden ser nuestros vecinos, acaso nuestros amigos; los sucesos que ellos viven son historias de por aquí nomás, se confunden con nuestras propias historias. Dicho así, podría suponerse que son textos regidos por el costumbrismo. Nada más lejos de la verdad: precisamente, una de las virtudes de Elizabet Jorge es poner del revés ciertas historias sospechadas de costumbristas, dar una vuelta de tuerca con esos textos y lograr que se inscriban en la alta literatura. Pienso en Chejov, en la arquitectura de sus relatos: "Cuando escribo—supo decir—confío plenamente en que el lector añadirá por su cuenta los elementos subjetivos que faltan al cuento".

El pasado 20 de noviembre tuve el privilegio de presentar este libro en el Museo Nacional Ricardo Rojas. La actriz Mariana Jasczaco leyó uno de los cuentos y la narradora Mónica Chávez protagonizó otro. Fue una fiesta total, con un valor agregado: la sala estaba llena, con gente de pie, pese a que minutos más tarde se iba a jugar el clásico River-Boca. Mientras escribo esto me entero que Guillermo Martínez, un cuentista excepcional, ganó con su libro *Una felicidad república* el Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez que se celebró en Colombia. Definitivamente y pese a lo que defino con las malas lenguas, la noble costumbre de contar no ha perdido vigencia. El próximo referiré a ello en una próxima nota de la que por ahora anticipo el título: "Cuando los cuentos vienen marchando".

Poetas, letristas, colectivos, talleres literarios, ferias, encuentros, bibliotecas, editoriales y revistas así como programas de radio y televisión pueden formar parte de la Red Federal de Poesía, un espacio digital único que reúne toda la información sobre las actividades que se desarrollan en el país vinculadas a la lectura y escritura de poesía y letras de canciones. De esta forma, la nueva red ideada por los

ministerios de Cultura y Educación de la Nación, junto con la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares (Conabip), tiene como objetivo "democratizar el acceso a la poesía como motor para el desarrollo del pensamiento y la expresión a través de la palabra", según detallaron los organismos en un comunicado de prensa. La inscripción es gratuita y se realiza a través de la página www.educ.ar/redfederaldepoesia.



CONTRATAPA

→ Luis Soto

La vida por Franklin

Beto era hijo de la-locade los-singuches y un cartero que siempre andaba con los pies húmedos y roños, tosía, tosía. Ella era la portera de un edificio en Villa Ortíz. Los propietarios del 3° B eran los padres de *Yoje*. *Beto* y *Yoje* eran dos de los chicos del edificio que jugaban en un cantero de césped con hamacas. En vacaciones de verano, a las 11 las madres les daban una fruta o galletitas. Entonces la portera gritaba: "¡Beto, el singuche!", y revolaba desde el patio un migajón envuelto en diarios. El singuche era, invariablemente, de huevo frito o de sopa de fideos. Con la yema o el caldo, el pan siempre chorreaba. *Beto* era el goleador del equipo de fútbol del barrio, pero eso lo aceptaban. Una vez perdieron 9 a 4 contra Sportivo Chorroarín y él hizo los 4 goles. Nunca se lo jugaron los soldados o camiones, tampoco a la escudilla o la mancha venenosa. De trapo o de goma, la pelota era su pasión. A veces tenía unos papelitos llenos de números. "Hay gente a la que le pagan con esto. Es guita", decía. Una día cambió un papel por una figurita difícil y salió que eran boletos del hipódromo. El padre era burrero. Una tarde de lluvia los chicos jugaban al Estanciero en lo de *Yoje*. *Beto* iba ganando, tenía varias fichas. "Hace trampa, salió al padre", acusó *Yoje*. Se paró bruscamente *Beto* y con el codo tiró al suelo un jarro de cristal azul, que se hizo añicos. "No salí. Ése no es mi papá", dijo. *Yoje* agarró un pedazo de cristal y con el filo en punta arremetió contra *Beto*. Atravesada por un tajo en la mejilla sangró casi una hora. "Que me mueran en mi casa", dijo.

me aunque sea", le rogaba *Beto* a la madre de *Yoje*. Tanta sangre y la portera tan bruta... mejor no tenerla de enemiga, pensaba ella. No le permitió irse. *Beto* rompió el jarro, el solo se lastimó. No lo ve a exigir que compre uno nuevo. Vale como un auto. Cosas de chicos", cerró el caso la madre de *Yoje*. "Disculpe", dijo la portera y le pegó un cachetazo a su hijo. Todo el grupo ingresó al secundario, salvo *Beto*. "Hoy lo único importante es hablar inglés. Va a ir a la Pittman", sentenció la madre. El cartero tosiente ya no dormía con ella. Al cumplir 21 *Beto* anunció que se iba a vivir a Miami. Uno de la barra, Mario, lo vio al año en la cancha de Racing. De traje y corbata, con unos rayos que le cubrían media cara, circulaba entre los policías. Lo reconocieron por la cicatriz. Rodaban avanchas y las bengalas fusilaban el cielo. *Beto* ordenó: "¡yamos con los perros!", y la jauría arinconó a los hinchas de Independiente. Santo remedio.

Hasta los 19 *Yoje* dedicaba todo su tiempo libre al dibujo. Valora-do como hábil retratista se acercó al taller del pintor Guillermo Rosa.

Después conoció a Irene Mirelles, que a la semana lo llevó a vivir a su departamento. Hasta entonces nunca había trabajado. "Si no generas algo de guita...", planteó Irene. Como pintor *Yoje* no podía aspirar a ingresos inmediatos. Pero la relación sexual era intensa, gustosa y la trianga de la pasión arrasó con todo signo opositor. Decidió ahorrar el pago de las clases de Rosa y poner un quiosco que atendió 12 horas. El cambio creó un clima incómodo. Encerrado en un sachudo de 2 por 2 asomó algún brote de claustrofobia. Le costaba dormir en paz, acachado por sordidas pesadillas. Si sentía rondar el fantasma de diez vueltas en la cama se refugiaba en el baño con lámpicas y un bloc. Volvía a acostarse recién a las 8, cuando Irene iba a la escuela donde era maestra. Una Navidad la madre le regaló 100 dólares. *Yoje* vendió con cinta scotch una herida que el billete tenía en el pecho. Su mirada no se apartaba del rostro de Benjamin Franklin. A qué vino este yanqui a mi vida, se preguntaba. Tipo poco confiable le resultaba Franklin: labios delgados apretados para agriar el gesto, ojos en constante desafío, papada quitándole poder al mentón. Fue el arribe inicial al mentón. *Yoje* logró ir ajustando cada rasgo hasta dominar el rostro. Automáticamente refrenó su admiración por Mario, es seminario al que una vez a 20 años mayor había alejado de la soga. "No faltan otros caminos que conduzcan a servir al Señor", decía Mario. Había montado una empresa de diseño gráfico, pero no desconfiaba de la bisbetida del camino reparador. Oscuros designios demontaron lo llevaron a internarse en matemáticas delictivas. "Vine a salvar", imaginó otro a Franklin. Secundado por Eric, se permitió inter-

mente boorrachera, llegó a reproducir una digna versión del billete de 100 dólares. Ya impresas unas cuantas series de dólares made in Villa Ortíz viajaron a Montevideo a medir la respuesta del Mercado. El plan era pasar discretamente por shoppings, restaurantes y el casino de Parque Rodó. Rigió dos días. Eric quiso salir de putas, al quinto vaso de un Chivas tan apócrifo como los dólares, dijo "¡¡ bin jaité! (qué calor, en alemán) e empezó a abanicarse con un ramo de billetes. Los devolvieron cuando coruaban un 11 en la rueta. En el penal de Punta Carretas, incapaz de superar el síndrome de abstinencia, tras varias broncas con vecinos de celda, una burda cha charrúa achuró fantasías tripas del sediento Eric. Para *Yoje* lo de Mario, que seguía preso, fue una hazaña no operada por el torpe desamparo. Lo fue a visitar y propuso llevar adelante el proyecto con una condición: "nada de terceros, doiche flautístas, abstenerse", improvisó. Mario había enterrado instrumental y fórmulas bajo un tilo, en las afueras de Domselaar. Trabajó solo *Yoje* y sin contarle nada a Irene. Un lunes quedó lista la primera plancha. Se hincó ante el bidet, abatió la canilla y los hilos de aguce se estrellaron contra su cara, mientras repetía "¡les vas a romper el culo, *Yoje!*". Remar de sol a sol era ridículo, ahora es tan humano, se alertaba. Hasta que puevos nosaló del garra donde revivía el sueño de Mario. Esa mañana hizo café y tuvo antojo de scones. Aprens ha había puesto un pie en la vereda cuando el caño de una 24 chocó contra sus labios como el cepillo de dientes de Borges.

En el galpón me sacaron la bolsa de plástico. Un morcho grande, pinta de boxeador, me empujó para que subiera a un altílo - *Yoje* le cuenta a Estela, que ha sido pareja de *Beto*.
"¿Y cómo se fue?", preguntó Estela a la mujer. *Yoje* le da 1.000, ella los hunde en el corpeño. Al morcho le dicen *Archie Moore*. Se cambian los nombres.

Una voz ronca dijo: "a éste dejéjame a mí". Tardé en ver la cara del que había copado la parada. Una vela daba la única luz. "No subo, aquí tengo misia", dijo ese Juan y me metió en la cocina. Cuando lo vi cicatriz no me animaba a decir qué hacés, o cuidameflaco. Ni a decir *Beto* me animaba. Puso "Tinta roja". Troilo y Fiorentino. Paro mi Fierro es mejor carno de orquesta. "Que *Archie* piense que te estoy reventando. Crité, carajo", decía. Me salió un grito bastante agustado. "Crité como si te estuviera cortando la pija con el vidrio azul", mandó el jefe de *Beto*. Ahí entró *Archie*. Era el guacho de *Beto*. Sabe mucho de gritos. Los tuyos no lo convencían. *Beto* tuvo que dejar que te llevara al ahillo. "Cada día más blando, vos Juan", se calentó después *Archie*.

¿Y vos pensás que *Beto* quería que yo zarafas?

Me dijo que sí. Pero no paraba de mentar. Mario creía que lo iba a cagar. Llamó a *Beto* y le botó todo. Le quedaba bancar un año adentro. *Beto* arrugó. Arreglando con vos y sin desahucarse con nadie. *Archie* quedaba afuera. Nunca iba a enterarse y ustedes se salvaban.

¿Qué hicieron con los dólares? Al final había casi 800.000...

Se los repartieron. *Beto* se llevó su parte a Perú. A mí me tiró 2.000. Mirá para qué le sirvió... *Archie* lo hizo seguir por Burke. Una meicaneada. No respeta amigos, socios, ni a la vieja perdona... Tuve que encamarme con *Archie*. Me entregó *Beto*. También como macho tenía cosas de perdedor. "La vida es un balazo, dura un segundo. Si pensás antes de apretar el gatillo, sos bolleta", decía *Archie*. Burke lo cazó en Arquipu a *Beto*. "Dale todo. Si no, te va a hacer a la pruzenzal", le dijo por teléfono. Burke se lo fue: frota las balas con ajo para que ardan al entrar. *Beto* paraba en la habitación 116 del Hotel... Me causó de seguir las tres cifras a la quiniela. Ahorcado en un placar lo encontraron. Nada de soga, ni sábanas. Del cuello colgaba un rosario.

